



A propósito de Oscar Terán, **De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006,

Una advertencia preliminar —sin querer convocar la idea de un libro autosuficiente— alertaría sobre aquello que cercena este tipo de antologías: estructuradas por un mosaico de intervenciones sueltas, concebidas en tiempos y espacios diversos, no construyen un relato, impiden coronar un sentido. En su envés, pueden conducir a una repetición de ideas, giros y preguntas que invita menos a zambullirse en la lectura que a practicar acercamientos discontinuados.

Sin embargo, es posible desnudar un sentido que recorre esta selección de escritos de Oscar Terán, producidos entre 1982 y 2005. La treintena de textos —artículos, ensayos, entrevistas y participaciones en jornadas y encuentros— está hilvanada por el compromiso de reflexionar críticamente desde las apuestas personales inscriptas en coyunturas político-culturales. “Aquella sociedad de la igualdad de oportunidades que yo conocí en mi infancia y juventud —dice Terán— no existe más. Lo primero que hay que hacer es dar cuenta de esta gigantesca catástrofe (...) Mi generación y alguna otra han defraudado a nuestro país, en el sentido de que les dejamos a nuestros hijos y a nuestros nietos un país mucho peor del que heredamos de nuestros abuelos y de nuestros padres”.

**De utopías, catástrofes y esperanzas** puede ser leído, entonces, como el derrotero entre la ilusión y el desencanto de un marxista en crisis —jalonado por distintas estaciones articuladas en torno a lecturas, vivencias y acontecimientos—, suerte de autobiografía de una generación que busca pensar el fracaso. Pero es también un relato sobre las transformaciones acaecidas en el país entre dos épocas: la que concluye con los '70, en la que se cumplía aquella maldición china que sentencia “te tocará vivir una época interesante”, y ésta, signada por la anomia, la erosión del lazo social, la marginalidad.

Por esas páginas agrídulces —inscriptas en la colección “El hombre y sus obras”, cuyo próximo título tendrá por protagonista a Tulio Halperin Donghi— circulan

Sartre y el arribo al marxismo por la vía del existencialismo, el deslumbramiento ante la Revolución cubana, el exilio, Aricó, Sarmiento, Foucault, el liberalismo, el movimiento estudiantil actual, el deseo y la palabra. De cuando en cuando reaparece el cuestionamiento a la hipótesis de su libro **Nuestros años sesentas** que ubicaba la radicalización de los intelectuales, el pasaje de una relación cultural-política a otra político-cultural, como consecuencia del golpe del 66; revisión que lo induce a situar esa ruptura en los años 68 y 69, alrededor del Mayo francés y el Cordobazo. Hay, además, operaciones de desmitificación tanto más eficaces que las que practica cierta literatura que abunda en el mercado y conjeturas desafiantes, como la que manifiesta que la persistencia de canales democráticos de participación política en Argentina no hubiese eclipsado la insurgencia de movimientos que, entre otras cosas, impugnaban la democracia representativa de sufragio universal como elemento del sistema de dominación burgués. Pero el problema recurrente que enhebra y tensiona esos años en Terán es la crisis del marxismo. Las utopías, las catástrofes y las esperanzas se pueden leer desde el prisma de la implosión del “socialismo real”, el fracaso de la politización radical de la izquierda argentina, el pasaje de una época de grandes certezas a otra en la que “algunas pasiones se han convertido en recuerdos y tantas evidencias se han tornado preguntas”. Desde esa fractura se organiza el tránsito de un tiempo joven y entusiasta al abrigo de una filosofía de la historia a un presente socialdemócrata que descrea de las respuestas que el socialismo ha brindado pero sabe que persisten las preguntas que lo motivaron. Desde allí, también, es posible enunciar “los funestos errores promovidos por el deseo de revolución en nuestro país” y discurrir sobre las responsabilidades de la izquierda: “Somos responsables de las historias en las que nos involucramos, y por eso debemos responder de la inconmensurabilidad estructural entre la intención y el resultado de la misma”. Se podría aventurar que en esa sugestiva incitación a pensar críticamente la propia responsabilidad en la tragedia hay algo de sintomático, puesto que parece disponer un tiempo dinámico y progre-

sivo (el de los 60-70) en contraste con otro (el nuestro) en el que resta construir los relatos retrospectivos sobre aquellos años en los que algo aconteció. Cierta prescindibilidad política aparecería subsanada por una autocrítica que encauza menos la inmanencia que la trascendencia. No sería más que otra forma de anidar en una sociedad que —tal como diagnostica Terán— ya no se pregunta hacia dónde va sino cómo volver al pasado para recuperar algo común. Entonces, cuando esa generación “que produjo, padeció y albergó los horrores de esa historia pueda legar una versión justa y sincera de ese pasado a las generaciones recientes (...) habremos aceptado la recomendación sartreana de aceptar vivir y morir con nuestra época”. Y es que, si la recurrencia al pasado puede ser tan estéril por repetición como el olvido por represión, la invitación de Terán quiere amarrarse a una memoria activa sobre el presente, puesta en disponibilidad para originar una heredad. En este sentido, **De utopías, catástrofes y esperanzas** no cercena sino que abre las preguntas de debates renovados (¿Para qué, hasta dónde y cómo recordar? ¿Cuáles son, incluso, los derechos humanos del olvidado?) que interpelan por lo que se resiste a ser sepultado: la esperanza en esta “nuestra endeble pero inestimable democracia”<sup>1</sup> y la recuperación de una heredad que exima del ejercicio de evocar como puro acto melancólico de la madurez. Por eso hay que creer cuando dice: “El optimismo suele ser un sentimiento bobo, y el pesimismo suele ser trivial y convocar a la pereza intelectual. Prefiero la esperanza, y aquí me gusta citar a Octavio Paz cuando decía que quien conoció la esperanza ya no la olvida. La sigue buscando bajo todos los cielos; entre todos los hombres, entre todas las mujeres...”.

Mariana Canavese  
UBA

1 Terán, Oscar: “Aquella noche del sesentisésis”, texto leído en el acto conmemorativo de la “noche de los bastones largos” realizado en la Biblioteca Nacional el 29 de julio de 2006.